

(...) era su móvil sonando y brillando en su cuarto. Había recibido un mensaje:

“¿Me tienes miedo?”

“Diego” supo Laura al instante. Tecleó con rabia:

“No”.

La respuesta no tardó en llegar:

“Pues baja, te estoy esperando”.

12

Le encontró en el portal. Le daba la espalda pero lo reconoció enseguida. Su silueta negra esperaba fuera algo encorvada. Tras la reja de la puerta parecía una fiera enjaulada. Se giró al oírla llegar y la miró con sus ojos helados.

—¿Qué quieres ahora? —le dijo Laura con voz temblorosa.

—Lo mismo... lo único. A ti.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Raptarme? ¿Meterme en tu coche?

—Mira alrededor —y señaló detrás suyo con sus guantes negros— ¿ves algún coche? No voy a ninguna parte. Me encuentro muy bien aquí, contigo.

—Pues aquí estamos ¿qué es lo que quieres?

—...lo que queremos todos... placer, placer e impunidad... sólo somos animales cubiertos con tela.

—Pues conmigo te equivocas...

—Ya. Me olvidaba que estoy con una princesa que espera a su príncipe azul... pero ¿estás segura de lo que quieres, princesa? ¿Quieres a un príncipe o un sapo? A lo mejor sueñas con un príncipe, porque te da miedo reconocer que lo que deseas, en el fondo, es algo mucho más húmedo y viscoso...

—...algo como tú —replicó Laura.

El joven se rio entonces de una manera extraña. Luego añadió:

—Ya sé que no soy un príncipe, precisamente. Pero eso no importa. Lo que importa es que tú tampoco eres una princesa...

Con un movimiento felino se adelantó entonces y la tomó de un brazo. La miró fijamente a los ojos y susurró:

—...no veo ninguna princesa delante de mí. Sé que te mueres por arrojar tu corona ¿de qué tienes miedo?

—Ahora es cuando me dices que tengo miedo de ti... — se defendió Laura.

—¿De mí? ¡de mí! Pero si yo sólo soy un pobre sapo... No, princesa, tú no tienes miedo de mí sino de ti, de lo que tú eres de verdad. Sabes que podrías ser de otra manera pero sigues pegada a las faldas de mamá. Tu madre te desprecia y tú la arropas por las noches ¿qué te pasa?

—A mí no me pasa nada. El que se va de putas por las noches eres tú...

—Muy aguda, muy aguda. Pero no te engañes. ¿No te han dicho que tienes unos labios hermosos, muy tentadores? Me parece que no... ¿qué haces encerrada con tu madre viviendo como si fueras una anciana? ¿Tanto te quiere tu madre? ¿Cuántas veces te ha dicho que eres bonita? ¿Cuántas?... seguro que ninguna... lo veo en tus ojos, en tu manera de moverte... estás esperando, siempre esperando... porque eres un cobarde...

—¿Y tú vas a solucionar mis problemas? ¿no?

—Alguno, seguro...

Y el joven la miró con ojos brillantes en la oscuridad.

—¿Estás segura de lo que quieres, princesa? —añadió.

Laura lo miró, entonces, fijamente. No podía ser Diego. No era él. No era su mirada, no era su dulzura... Sintió, entonces, una repulsión instintiva por el joven de negro que se alzaba ante ella.

—Vete —dijo con firmeza.

—¡Que desperdicio! Aquí tienes a tu sapo, he salido de mi charca para ti, no seas boba...

El joven hizo una grotesca reverencia y se acercó a Laura. Ella retrocedió por instinto y le cerró la puerta en la cara.

—¡Vete! ¡No quiero verte!

—No seas sosa, mujer. Abre la puerta.

Al oír la palabra “sosa”, Laura pensó en Isabel. Eso la enfureció y le dijo desde dentro:

—¿Para qué quieres entrar? —le gritó- ¿quieres que me ponga un uniforme como las otras putas?

—Con que estés desnuda me basta —y el joven rio detrás del cristal.

Laura supo, entonces, que no quería seguir hablando. Se alejó de la puerta y dejó al joven agarrado a los barrotes.

—No hables a nadie de esta noche —le oyó decir— será nuestro secreto. ¡Nadie sabrá que la princesa es un cobarde y no le ha dado un beso a su sapito...! Pero no corras tanto... para que no olvides esta noche, yo también quiero revelarte un secreto...

Laura se quedó al pie de las escaleras e interrumpió su huida. Miró hacia el portal y vio al joven de pie. “¿Qué está haciendo?”, se preguntó temerosa.

—Coge esta nota, princesa... ven a cogerla si te atreves.

—No quiero nada tuyo —rugió Laura. Y subió las escaleras corriendo.

—Como quieras, preciosa. Aquí la dejo, escondida debajo de esta piedra como si fuese el mapa de un tesoro —y el joven se agachó y dejó el papelito. Luego insistió:

—Aquí te dejo mi secreto ¡solo para ti!

—¡No quiero nada tuyo! —gritó Laura huyendo por la escalera— ¡vete!